

«EL ANCIANO DE LA CAROLINA»: UN CUENTO DECIMONÓNICO SOBRE LA COLONIZACIÓN DE LAS NUEVAS POBLACIONES DE SIERRA MORENA Y ANDALUCÍA

Adolfo Hamer-Flores*
Universidad Loyola Andalucía
Cronista Oficial de La Carlota (Córdoba)

RESUMEN: Este artículo ofrece el estudio y edición crítica de «El anciano de La Carolina» (1841), primer cuento publicado en lengua española cuya acción se ambienta en las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía. Se trata de una obra literaria inserta en un proyecto más amplio (la *Biblioteca Popular del Nacional*) y que estuvo dirigida a los lectores de uno de los principales diarios políticos liberales publicado en Barcelona entre 1835 y 1841.

PALABRAS CLAVE: Colonización agraria, Romanticismo, Cuento, La Carlota, siglo XIX.

ABSTRACT: This paper provides the study and critical edition of «El anciano de La Carolina» (1841), the first short story published in the Spanish language whose plot is set in the New Settlements of Sierra Morena and Andalusia. It is a literary work embedded within a broader project (*Biblioteca Popular del Nacional*) and was directed towards readers of one of the main liberal political newspapers published in Barcelona between 1835 and 1841.

KEYWORDS: Agrarian colonization, Romanticism, Tale, La Carlota, 19th century

1. INTRODUCCIÓN

El proyecto de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía se cuenta entre las principales realizaciones del reinado de Carlos III y, por ende, entre las iniciativas más destacadas de la Ilustración en España. A pesar de ello, dejando al margen los libros de viajes, la literatura apenas se hizo eco en nuestro país de esta colonización agraria, muy probablemente por el pronto y celeberrimo proceso inquisitorial contra Pablo de Olavide, que sentenció en 1778 como «hereje formal y miembro podrido de la religión» a quien se había ocupado desde 1767 de su gobierno y puesta en marcha (DEFOURNEAUX, 1965, pp. 233-274; GÓMEZ URDÁÑEZ, 2020, pp. 267-317). Un punto de inflexión a

* <https://orcid.org/0000-0001-5216-5470>.

partir del cual el interés por esas nuevas poblaciones se trasladó fuera de nuestras fronteras y desapareció dentro de ellas durante muchas décadas.

Por otro lado, el tardío desarrollo del Romanticismo español, que se vio frenado por la reacción impulsada por Fernando VII hasta su fallecimiento en 1833, también dificultó que una iniciativa que integraba no pocos elementos del gusto de la literatura romántica pudiera haber sido el escenario, principal o no, de algún cuento, novela, poema u obra teatral. Si unimos a ello el propio hecho de que las Nuevas Poblaciones carolinas sólo afectaron a un territorio rural no muy extenso del sur peninsular, que con el paso de las décadas sus vecinos fueron integrándose lingüística y culturalmente en su entorno y que los principales círculos intelectuales se ubicaban entonces en las ciudades, las opciones de disponer no sólo de conocimiento de ellas sino también de información suficiente y hasta cierto punto correcta en una fecha tan tardía como los inicios del reinado de Isabel II, se reducían todavía más si cabe.

Es por esto por lo que el documento¹ que aquí nos ocupa tiene una enorme relevancia pues, hasta ahora, es el único relato de ficción en prosa, escrito y publicado en el siglo XIX, que centra su acción en una colonia carolina y en una de sus familias. Con independencia de su calidad literaria, sobre todo si tenemos en consideración que se trató de un texto publicado en prensa periódica en 1841 y que no parece haber surgido de la pluma de ninguno de los grandes escritores que publicaron en esa época, el estudio y edición crítica del cuento «El anciano de La Carolina» nos permite una aproximación al modo en el que se interpreta y reinterpreta en clave romántica un episodio histórico que se inició en el siglo XVIII. Además, la circunstancia de no haber sido tenido en cuenta en los trabajos de autores, como por ejemplo Alfonso CALDERÓN ARGELICH (2022), destinados a estudiar la percepción de la España dieciochesca que hubo en la siguiente centuria, lo hace merecedor de una edición crítica que facilite una mejor comprensión de su contenido y del contexto en el que se elaboró.

2. LA COLONIZACIÓN CAROLINA DE SIERRA MORENA Y ANDALUCÍA EN LA LITERATURA DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX

El escaso tiempo transcurrido, como ya hemos manifestado, entre la puesta en marcha de las nuevas colonias (1767) y la detención (1776) y

¹ Aunque existe una edición relativamente reciente del texto del cuento que aquí nos ocupa (Hamer, 2009, pp. 77-93), esta se enmarca en una compilación de textos más amplia; de ahí que carezca del estudio y aparato crítico que aquí presentamos.

sentencia inquisitorial condenatoria (1778) del que hasta ese momento había sido el encargado de su establecimiento con el cargo de superintendente general, tuvo como consecuencia el que este proyecto de colonización agraria casi se convirtiese en un tema del que nadie quería tratar en nuestro país. Dejando al margen la literatura de viajes, en la que sí contamos con numerosas referencias², el temor a realizar elogios antes de que la iniciativa tuviera garantizado su éxito y, a partir de 1776, el recelo a ser vistos como partidarios de las ideas de Pablo de Olavide casi no dejó margen temporal para que se creasen obras literarias centradas en las nuevas colonias o que, al menos, las mencionaran más allá de unas pocas palabras. Buena prueba de lo que sostengamos fue el truncado proyecto de erigir una escultura de Carlos III en La Carolina, capital de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, o que gran parte de las medallas conmemorativas de la puesta en marcha de estas colonias que se diseñaron, por orden del rey fechada en diciembre de 1774, se quedasen finalmente almacenadas (HAMER FLORES y PÉREZ FERNÁNDEZ, 2019a, pp. 273-274).

Hasta la fecha sólo nos ha sido posible localizar unas pocas composiciones poéticas dedicadas a la colonización de Sierra Morena, destacando tres debidas a Pedro de Montengón³, una escrita por Francisco Gregorio

² Las investigaciones sobre los relatos de viajeros de los siglos XVIII y XIX en las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía son relativamente abundantes, por lo que aquí sólo mencionaremos algunas de las más destacadas: PÉREZ DE COLOSÍA, 1988; AGUILAR GAVILÁN, 1992; LÓPEZ ONTIVEROS, 1996; y HAMER FLORES, 2009.

³ Pedro de Montengón había nacido en Alicante en el año 1745, ingresando a los catorce años en el noviciado de Torrente más por interés de sus progenitores que por verdadera vocación, lo que explica que durante el exilio en tierras italianas se fuera distanciando de la Compañía y que incluso llegara a contraer matrimonio y formar una familia en la década de los años noventa. Tras estudiar humanidades en Tarragona y hacer tres cursos de Teología en Gerona, ejercía como profesor de gramática en la localidad valenciana de Onteniente cuando le sorprendió el decreto de expulsión de abril de 1767. Aunque todavía era novicio y, por tanto, no se había ordenado, también fue incluido en el paquete de expulsión para que pudiera disfrutar de una pensión mientras se producía su secularización; que no solicitó hasta 1769, siéndole concedida sin mucha dilación. Su considerable interés por el mundo de las letras lo convirtió en un prolífico autor y traductor, que no dudó en transitar por diversos campos como la poesía, el teatro y la prosa (CARNERO, 1991; CEREZO MAGÁN, 2011). La empresa de las Nuevas Poblaciones debió de causarle poco interés y admiración, yendo más allá de un mero tema sobre el que escribir algún poema, pues las similitudes entre aquellas y las disposiciones que ofrece el protagonista de su novela *El Antenor*, ya como rey, para mejorar los caminos y fomentar la agricultura son muy similares (MONTENGÓN, 1788, pp. 287-289). Es más, tanto este como Olavide tuvieron en común el enorme éxito de algunas de sus obras: mientras el *Evangelio en triunfo* acumuló hasta ocho ediciones oficiales y una pirata en el periodo comprendido entre 1797 y 1803 (NÚÑEZ, 1970, p. 143), el *Eusebio* de Montengón, una novela pedagógica al estilo del *Emile* de Jean-Jacques Rousseau, se considera su trabajo más

de Salas⁴ y otras dos elaboradas por Gaspar Melchor de Jovellanos que la mencionan en algunos versos; unos testimonios que se completan con varios fragmentos breves de tres tonadillas escritas y musicadas por el maestro Blas de Laserna en los que alude a esta iniciativa. Las etapas posteriores, excepción hecha del documento que aquí nos trae, constituyen un verdadero páramo prácticamente hasta la llegada del siglo XX.

En lo que concierne a las obras de Montengón, dos llegaron a ser publicadas en el siglo XVIII, en concreto su oda 2 dedicada a Carlos III y titulada *Sobre la población de Sierra Morena* en Ferrara en el año 1778⁵, y su oda 12 titulada *A la Sierra Morena* en Madrid en 1794⁶, mientras que la tercera y quizás la primera en ser compuesta, a la que denominó canción y que también se tituló *A la Sierra Morena*, solo la conocemos por el manuscrito original en el que consta su intención original de incluirla en sus *Odas de Filopatro*⁷. No deja de ser interesante y hasta paradójico el hecho de que las primeras obras poéticas en lengua castellana orientadas a elogiar este proyecto surgieran de la pluma de un aspirante a jesuita, toda vez que el limeño nunca se mostró contrario a la expulsión de esta orden de la Corona española, al contrario, mantuvo una gran cercanía con el fiscal Pedro Rodríguez de Campomanes y con el conde de Aranda, presidente entonces del Consejo de Castilla, quienes fueron determinantes para el éxito del extrañamiento jesuita (LARA MARTÍNEZ y LARA MARTÍNEZ, 2017).

El soneto que el poeta y eclesiástico extremeño Francisco Gregorio de Salas (1780, pp. 67-68) hizo pronunciar al joven Dalmiro en su égloga

célebre y leído. Dejando de lado las ediciones que aparecerían durante el siglo XIX en Madrid y Barcelona, desde su publicación entre 1786 y 1788 hasta finales de 1800 se habían vendido hasta 60.000 ejemplares de la obra (GONZÁLEZ PALENCIA, 1926; PÉREZ PACHECO, 2008, pp. 447-448; CEREZO MAGÁN, 2011, p. 182).

⁴ Se corresponde con un soneto publicado en 1780 y que Marc MARTI (2001, pp. 212-213) piensa, por su contenido, que hace alusión a la colonización de Sierra Morena.

⁵ MONTENGÓN, 1782, pp. 6-9. Este incluyó un elevado número de composiciones líricas en su libro titulado *Odas de Filópatro*, publicado originalmente en Ferrara en tres volúmenes, los dos primeros en 1778 y el tercero en 1779. El primero de estos volúmenes fue reimpresso en Valencia en 1782.

⁶ MONTENGÓN, 1794, pp. 132-134. Esta composición está integrada por un total de 56 versos, en los que está ausente cualquier referencia, tanto directa como indirecta, al superintendente Olavide.

⁷ Este poema, llamado canción, fue remitido por el propio Pedro Montegón a Pablo de Olavide junto a la carta que le dirigió desde Venecia el 7 de junio de 1775 (Archivo Histórico Nacional, *Inquisición*, leg. 3607, s.f.). Es considerablemente más extenso que la oda que también dedicó a Sierra Morena pues suma un total de 114 versos distribuidos en cinco páginas manuscritas. Una transcripción completa puede leerse en SENA MEDINA, 1988, pp. 87-90.

Dalmiro y Silvano, aunque no menciona directamente la referida colonización, realiza alusiones a un espacio antes inculto y donde actuaban malhechores que pasa a estar cultivado y donde «reinan ya Juno, Ceres y Minerva», en referencia a las familias, la agricultura y los plantíos de olivar y viña; un hecho que, unido a una nota al pie de la compilación de su poesía editada a finales de siglo⁸, hace bastante probable que estuviera pensando en la colonización de Sierra Morena. Aunque Salas fue siempre un enamorado de la vida campesina, hasta el punto de hacerse construir una choza en las afueras de Madrid para poder participar de cuando en cuando de ese modo de vida y tener contacto con labradores y gentes del campo, sus ocupaciones como capellán mayor de la Real Casa de Recogidas de la capital, donde permaneció buena parte de su vida, le impidían abandonar la ciudad; no obstante, esa cercanía a la corte seguramente le permitió estar muy al tanto de lo que ocurría en Sierra Morena⁹.

JOVELLANOS (1858, pp. 22-23 y 39-40)¹⁰ incluyó algunas alusiones a la colonización de Sierra Morena en dos de sus poemas: en el titulado *Jovino a sus amigos de Sevilla* dedica veinte versos a loar la conversión en un espacio cultivado de lo que antes había sido un espacio lleno de alimañas y a lamentarse del fallecimiento de Gracia de Olavide, prima del superintendente; por otra parte, en la oda titulada *En la muerte de doña Engracia de Olavide* se alude a Sierra Morena en varios versos por ser el espacio en el que vivió y paseó la mencionada prima de Olavide en los años previos a su fallecimiento (SENA MEDINA, 1988, pp. 82-86). Finalmente, la menciones que Laserna incluyó en tres de sus tonadillas: *La función de la Raboso* (1777), *La España Moderna* (1785) y *Los dos novios*, fueron casi anecdóticas y orientadas a señalar, en clave de humor, el carácter extranjero de los individuos con los que se pusieron en marcha y el objetivo de poblarlas y de incrementar el número de sus habitantes (BERNALDO DE QUIRÓS, 1929, pp. 34-39).

Ahora bien, este silencio español tuvo su contrapunto fuera de nuestras fronteras, ya que el proceso inquisitorial de Olavide lo hizo célebre a lo largo y ancho del continente europeo. Desde fechas muy tempranas se

⁸ SALAS, 1797, p. 161. En concreto, se indica sobre este poema: «Este soneto alude a la nueva población de Sierra Morena».

⁹ «Elogio de don Francisco Gregorio de Salas y noticia de sus obras por un amigo suyo. Madrid, por Gómez Fuentenebro y compañía, 1807», *Minerva o el Revisor General* nº 3, 8 de enero de 1808, pp. 153-155.

¹⁰ La mayor parte de la obra poética de Jovellanos permaneció inédita durante su vida, circulando tan sólo copias manuscritas de sus poemas.

le dedicaron obras poéticas¹¹ y su proyecto de colonización también pasó a formar parte de la trama de una novela escrita por el bávaro Johann Pezzl (1783)¹², a la que se sumó otra algunas décadas más tarde en la que el prusiano Heinrich Zschokke (1859) lo elogiaba al compararlo con Flavio Belisario, el general más famoso en toda la historia del Imperio Romano de Oriente¹³.

3. EL DOCUMENTO EN SU CONTEXTO: LA BIBLIOTECA POPULAR DEL NACIONAL (1840-1841)

El relato que aquí nos ocupa formaba parte de un proyecto editorial impulsado por el periódico barcelonés *El Guardia Nacional*. Tras haber dado cabida en ocasiones anteriores en sus páginas, al igual que otras muchas cabeceras, a diferentes testimonios literarios como leyendas, cuentos, cuadros de costumbres, poemas o curiosidades históricas¹⁴, a finales de 1840 sus editores decidieron impulsar una colección literaria mediante la inclusión, en la mitad inferior de la segunda hoja del diario, de un conjunto de textos contextualizables en esas mismas tipologías que llevaría el nombre de *Biblioteca Popular del Nacional*. De este modo, cada día los lectores, tras recortar esa parte y doblarla por la mitad, dispondrían de cuatro nuevas páginas para ir completando los sucesivos tomos de la obra.

Las mejoras en la maquinaria de impresión unida al significativo avance en las técnicas de fabricación de papel, con la introducción del rollo de papel continuo elaborado mecánicamente y las pastas mecánicas de madera, que gradualmente fueron sustituyendo a los trapos y papeles, facilitaron en la prensa periódica un incremento de las tiradas y las corres-

¹¹ En concreto, el ilustrado danés August Adolf von HENNINGS (1779) le dedicó su poema épico *Olavides*, mientras que Gottlob Nathanael FISCHER (1779) escribió sobre él un poema algo más breve titulado *Olavides und Rochow*.

¹² Acerca de esta obra, publicada anónimamente por su estilo satírico y marcado anticlericalismo (lo que impulsó una fuerte demanda social y, lógicamente, un elevado número de ediciones en los años posteriores), existe un estudio que analiza la rigurosidad histórica de sus contenidos vinculados con Olavide y las Nuevas Poblaciones carolinenses: HAMER FLORES, 2018.

¹³ Johann Heinrich Daniel Zschokke, nacido en 1767 y fallecido en 1848, escribió su novela *Olavides, der neue Belizar* alrededor de 1810. No obstante, la impresión del texto tuvo lugar después de su muerte.

¹⁴ *El Guardia Nacional*, así como las cabeceras que le sucedieron, también impulsó coleccionables mediante la venta de cuadernillos. Este fue el caso de la obra periódica *Panorama Universal*, integrada por volúmenes que recogían la historia de distintos países del mundo, de la que, en 1843, se vendía cada cuaderno a 2 reales para los suscriptores del diario y a 4 reales para los que no lo eran (SAURÍ, 1842, p. 115).

pondientes bajadas de precios, derivadas de poder atender a una amplia demanda, e incluso fomentarla. Buscando precisamente esto último, no pocos editores comenzaron a pensar en la publicación de colecciones literarias, que salieron de imprenta bien como volúmenes ya encuadrados o bien como colecciónables asociados a cabeceras de prensa periódica que, una vez reunidos, también adquirían ese mismo formato tras su encuadernación. Ni que decir tiene que estas últimas solían ser de peor calidad pues, además de carecer de imágenes y estar dispuestos sus textos por lo común a dos columnas, usaban tipos pequeños impresos en papel de baja calidad. Elementos que poco debían importar tanto a los editores como a los lectores pues por un coste muy reducido teniendo en cuenta que cuando se adquiría un periódico se accedía, además, a unas obras literarias que poco podían envidiar a las que se ofertaban en las librerías, no siempre asequibles para ciertos sectores de la población con inquietudes intelectuales pero ingresos limitados.

Ahora bien, la puesta en marcha de estas colecciones en los primeros años del reinado de Isabel II no fue una novedad y cuenta con numerosos precedentes aunque no estuvieran vinculados a diarios. En 1816 la impresora madrileña Catalina Vinuesa sacó a la luz una *Biblioteca universal de novelas, cuentos e historias atractivas y agradables*, compuesta por seis novelas en dos tomos cada una, aunque no alcanzó mucha difusión fuera de la capital pues allí residían la mayor parte de los poco más de cien suscriptores de la obra. Por su parte, el escritor y editor aragonés Mariano de Cabrerizo había dado a la imprenta en Valencia, entre 1818 y 1820, una primera colección de veinte novelas en once tomos bajo el título de *Colección de novelas inglesas, alemanas y francesas traducidas al castellano*. Estas obras, continuadas a partir de 1827 con una nueva colección, que reeditaba títulos previos y sacaba a la luz otros nuevos, fueron las que más fama y dividendos le proporcionaron en su vida como impresor (ESPINÓS I QUERO, 2019, pp. 59-64).

Más cercanas en el tiempo y en el espacio, ya que se impulsaron en la ciudad condal, fueron las iniciativas de los impresores Francisco Oliva y Antonio Bergnes de las Casas. El primero publicó entre 1836 y 1846 la *Colección de novelas escogidas, o nueva colección de novelas escogidas*, saliendo de imprenta 32 títulos en 81 volúmenes, la mayor parte de ellas traducciones de autores franceses, que estaban muy de moda en aquellos momentos (FERRERAS, 1976, p. 43). Bergnes, por su parte, editó entre 1831 y 1835 su *Biblioteca selecta, portátil y económica, o sea, Colección de novelas escogidas*, formada por 21 títulos que se correspondían con 43 volúmenes; a las que sumó otras dos: la *Biblioteca de damas*, editada entre

1833 y 1834, y la *Biblioteca selecta y económica*, aparecida entre 1837 y 1839 (OLIVES CANALS, 1947, p. 119; THION SORIANO-MOYA, 2013, pp. 345-346).

Al objeto de aprovechar una creciente demanda social por cabeceras de prensa y literatura en general, no en vano el librero y bibliógrafo burgalés Dionisio Hidalgo¹⁵ afirmaba en 1842 que el movimiento literario en España estaba entonces en pleno crecimiento (BOTREL, 2002, p. 259), en una ciudad que experimentaba un fuerte crecimiento poblacional¹⁶, el periódico *El Guardia Nacional* puso en marcha desde finales de octubre de 1840 su *Biblioteca Popular del Nacional*. Un proyecto que se sumaba a otros muchos de similares características impulsados por las diferentes cabeceras de prensa para atraer y fidelizar compradores y suscriptores. Ejemplo de ello en la misma ciudad condal fue el *Diario de Barcelona*, que obsequió desde 1853 a sus suscriptores con novelas y textos de otro tipo que incluía entre sus páginas y que posteriormente se compilaban en volúmenes que recibieron el título de *Folleto del Diario de Barcelona* (BOTREL, 2003; FERRERAS, 2009, p. 49).

El Guardia Nacional, a pesar de haber nacido en 1835 con una orientación progresista, se consolidaba ya en 1840 como órgano de expresión del moderantismo cristino en Barcelona, y sólo compartía espacio con otros dos periódicos: el *Diario de Barcelona* y el *Constitucional*, y con un par de publicaciones mensuales: *Religión y Museo de Familias* (CABALLERO, 1841, p. 110). Sin duda, la referida necesidad de fidelizar a sus compradores y suscriptores, así como la de incrementarlos, en un entorno cada vez más competitivo, pues no puede perderse de vista que en 1849 las cabeceras se habían incrementado en la ciudad hasta alcanzar las doce¹⁷, constituyó tal vez uno de los principales motivos para que impulsase este proyecto de colección literaria. Es más, como posible evidencia de ello podemos apreciar incluso cierta improvisación en su arranque.

¹⁵ Sobre Hidalgo, que se cuenta entre los principales bibliógrafos en lengua española, puede consultarse el interesante trabajo de GONZÁLEZ SUBÍAS, 2017.

¹⁶ A comienzos de la década de los años cuarenta se cuantificaban en unos 160.000 los habitantes de Barcelona (CABALLERO, 1841, II), cifra que a finales de esta misma se había elevado hasta los 165.000, resultado de la suma de los 140.000 individuos entonces a vecindados y de los casi 25.000 residentes (SAURÍ Y MATAS, 1849, p. 66).

¹⁷ Desde que se restableció la libertad de imprenta habían aparecido y desaparecido muchos periódicos políticos, satíricos, científicos y de literatura en la ciudad de Barcelona, publicándose en 1849 un total de doce cabeceras: ocho nacidos entre 1848 y 1849, uno en 1845, dos en la década de los treinta y uno en el siglo XVIII. De ellos *El Fomento*, de edición diaria, era entonces el heredero de la publicación que aquí nos ocupa (SAURÍ Y MATAS, 1849, pp. 175-176).

Los lectores comprobaron cómo en el ejemplar distribuido el martes 27 de octubre de 1840¹⁸, sin haberse anunciado previamente, se incluyeron las cuatro primeras páginas de lo que en el encabezado se denominaba *Biblioteca Popular del Nacional*, la cual se iniciaba con un primer fragmento de la novela corta «Juana el paje». Durante las semanas siguientes, cada día se sumaron cuatro nuevas páginas a la obra, situándose los cuentos y relatos unos en pos de otros. Aunque la paginación se hizo por número *currens*, la numeración de cada cuadernillo no llegó hasta la aparición del número 8, publicado el 3 de noviembre; una circunstancia que unida al anuncio publicado el día 25 de ese mismo mes¹⁹ evidencia que tal vez sólo por entonces se acabó de perfilar el proyecto. A tenor de lo indicado, la colección tuvo inicialmente una doble estructura que trató de ajustarse a periodización de las suscripciones al periódico: de un lado mensual, procurando que a comienzos de cada mes se iniciase un nuevo conjunto de novelas, con lo que ninguna estaría ya comenzada o pendiente de concluir al iniciar una suscripción; y de otro lado trimestral, estableciendo un paginado con esa extensión y facilitando cada tres meses la portada e índice para proceder a su encuadernación. Tan en serio se tomaron este propósito que el cuadernillo incluido en el ejemplar del 1 de diciembre de 1840 tuvo como encabezado la leyenda «Biblioteca Popular. Diciembre de 1840» en letras mayúsculas, y en él se iniciaba un nuevo relato titulado «El brazalete»; además, aunque se continuó con el paginado donde se quedó en el ejemplar del 30 de noviembre, en lo que respecta a la numeración propia de los cuadernillos volvió a iniciarse desde el número uno.

No obstante, a pesar de que en líneas generales estas ideas iniciales se mantuvieron durante la publicación de los cuatro tomos de la *Biblioteca Popular del Nacional* que llegaron a ver la luz entre octubre de 1840 y octubre de 1841²⁰, a partir del tercero sí se produjo un cambio en la con-

¹⁸ Para esta referencia cronológica, así como para las restantes que se incluyen en esta investigación, hemos hecho uso tanto de los cuatro tomos de la *Biblioteca Popular del Nacional* que conservamos en nuestra biblioteca particular como de los ejemplares de *El Guardia Nacional* conservados en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional de España.

¹⁹ «Advertencia. A fin de que los señores que se suscriban para el próximo mes de diciembre y subsiguientes al *Nacional* no tengan truncada la Biblioteca Popular, cada principio de mes comenzará una nueva serie de novelas, dándose cada trimestre la correspondiente portada e índice para su encuadernación» (*El Guardia Nacional* nº 1792, miércoles 25 de noviembre de 1841, p. 1).

²⁰ La necesidad de adquirir todos los ejemplares del periódico para disponer de esta obra por entregas, así como la de su posterior encuadernación, hace que la difusión de esta obra más allá de Barcelona fuera bastante difícil ya en el propio siglo XIX. A modo de ejemplo, aunque

cepción formal de la obra. Desde mayo de 1841, los tres meses de cada trimestre dejaron de concebirse como unidades independientes: el contenido se imprimió sin distinguir unos de otros y sin respetar que una historia iniciada en un mes finalizase antes de que comenzase el siguiente. Es por ello por lo que en el tercer y cuarto tomos sólo su primera página dispone de encabezado indicando Biblioteca Popular y el mes correspondiente, mayo de 1841 para el tercero y agosto de 1841 para el cuarto. En lo que concierne a la portada e índice de cada uno de ellos se facilitaron a los lectores al concluir cada trimestre, excepción hecha de los correspondientes al primero que se distribuyeron sueltos junto a los ejemplares del periódico de los días 8 y 9 de febrero de 1841²¹.

En lo que concierne a su contenido, predominan los cuentos y novelas cortas, estando presentes también leyendas, artículos de costumbres, relaciones, anécdotas e incluso alguna composición poética. Coincide así con los principales rasgos identificados para el artículo literario y la narrativa breve editada en la prensa española durante el Romanticismo: abundancia de cuentos fantásticos y de relatos histórico-legendarios. Estos últimos estaban referidos a la época entonces considerada romántica, esto es, la Edad Media y su continuación, que en España viene a coincidir con el Siglo de Oro. Una realidad que no impide la existencia de una gran variedad en las que afloran narraciones de historia reciente, de costumbres contemporáneas y todo tipo de combinaciones entre las distintas posibilidades (ALONSO SEOANE ET AL., 2004, p. 14). De igual modo, siguiendo una dinámica habitual en la época, en esta iniciativa no se aprecia una línea determinada en lo que a nivel intelectual de sus contenidos se refiere, sino que tiende a incluir documentos de todo tipo.

Dionisio Hidalgo menciona que el primer tomo se vendía en una librería madrileña, lo cierto es que él mismo sólo incluye referencia a ese primer tomo en su libro (por lo que quizás no llegó a ver los restantes), fechándolo erróneamente en 1851 (HIDALGO, 1862, p. 276). No puede extrañarnos, pues, que la *Biblioteca Popular del Nacional* no aparezca correctamente registrada en el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español (número de identificación: CCPB000704945-5). Este recoge un registro conservado en la Biblioteca Pública del Estado en Mahón (*Porxos Fons Antic*, FA 12059), que se corresponde con un tomo que carece de portada y pie de imprenta, y apenas tiene 140 páginas cuando cada uno de los cuatro tomos que se editaron superan ampliamente esa extensión. Afortunadamente, existen algunas instituciones públicas que custodian la obra completa como son la Biblioteca Nacional de Catalunya y la biblioteca del *Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona*.

²¹ Esos dos días se incluyó en la primera página el siguiente anuncio: «Hoy con el presente número se incluye a los señores suscriptores la portada e índice de las novelas contenidas en la *Biblioteca popular* del último trienio, con lo cual podrá ya encuadrinar este tomo» (*El Guardia Nacional* nº 1866, lunes 8 de febrero de 1841, p. 1; y nº 1867, martes 9 de febrero de 1841, p. 1).

La inmensa mayoría de textos se editaron sin referencias de autoría, siendo habitual que cuando esta se indique únicamente consten unas iniciales que difícilmente permiten identificar adecuadamente a dichos autores; aún más, abundan también las referencias a que se trata de textos tomados de otras cabeceras de prensa como *La Alhambra* (Granada)²² o *El Correo Nacional* (Madrid)²³. Sobresale la inclusión de algunas traducciones de autores sobre todo franceses, como Alejandro Dumas, Charles de Bernard o Víctor Hugo. Aunque el periódico llegó a incluir algún texto en catalán, en este proyecto todo se editó en lengua española.

Como puede apreciarse en el Cuadro 1, la obra llegó a contener un total de 168 documentos literarios en sus cuatro tomos, aunque con una distribución bastante desigual. La explicación de este hecho la encontramos en una mayor preferencia por textos más amplios a medida que el proyecto avanzaba, como lo prueba el hecho de que mientras que las trece composiciones con más de ocho páginas de extensión del primer tomo apenas alcanzaron el 59,1% de su extensión, en el tomo cuarto estas ocuparon el 78,27% de sus páginas, viendo además reducido su número, por el propio incremento de la extensión de aquellas, a sólo nueve.

Cuadro 1

Publicaciones de la *Biblioteca Popular del Nacional*
clasificadas por su extensión y por el porcentaje de páginas
que ocupan en cada tomo. Elaboración propia.

	Tomo 1		Tomo 2		Tomo 3		Tomo 4	
	Nº	% tomo						
De 0 a 4 páginas	26	15,70	22	15,18	16	12,90	11	7,63
De 4 a 8 páginas	16	25,29	12	19,30	8	12,40	9	14,10
Más de 8 páginas	13	59,01	11	65,52	15	74,70	9	78,27
	55	100,00	45	100,00	39	100,00	29	100,00

La inestabilidad política de los años que analizamos acabó afectando a la edición de *El Guardia Nacional* y, por ende, a la continuidad de su *Biblioteca Popular del Nacional*. El 28 de octubre de 1841 se distribuiría el

²² A modo de ejemplo, el relato *Sor Batilde*, incluido entre las páginas 72 y 77 del primer tomo de la *Biblioteca Popular del Nacional*, se tomó de *La Alhambra. Periódico de Ciencias, Literatura y Bellas Artes* nº 31, 1 de noviembre de 1840, pp. 335-370.

²³ Por ejemplo, el relato *La cruz del acecho* se había publicado entre el 13 de abril y el 16 de mayo de 1840 en *El Correo Nacional*, y se incluyó entre las páginas 40 y 72 del primer tomo de la *Biblioteca Popular del Nacional*.

último número de este diario, incluyendo en este la portada e índice del cuarto y último tomo de aquella que vería la luz. Por ese entonces una nueva publicación surgiría como su heredera y continuadora: *El Liberal barcelonés*, el cual logró mantenerse hasta junio del año siguiente²⁴. Dejando de lado el posicionamiento político, el grado de continuidad fue tal que se mantuvo el proyecto iniciado con la Biblioteca Popular, aunque ahora se titularía *La Biblioteca recreativa del Liberal*²⁵. El diseño y maquetación en ambas colecciones son casi idénticos, probando no sólo que se emplearon las herramientas y materiales disponibles en la imprenta de *El Guardia Nacional* sino que, muy probablemente, algunos trabajadores continuaron desempeñando el mismo trabajo en el nuevo periódico. La duración, no obstante, de esta iniciativa se vio truncada muy pronto al desaparecer la cabecera que la hacía posible en junio de 1842: hasta ese momento únicamente habían podido ver la luz dos tomos trimestrales, a los que hubo que sumar un último tomo de menor extensión por comprender sólo dos meses.

4. «EL ANCIANO DE LA CAROLINA» (1841): UNA APROXIMACIÓN

La publicación entre los días 27 y 29 de enero de 1841 en *El Guardia Nacional* de un relato titulado «El anciano de La Carolina» y que se extendía por unas siete páginas lo sitúa espacialmente a finales del primer tomo de la Biblioteca Popular del Nacinal²⁶. Todo apunta a que quizá nos encontramos ante un texto elaborado para este medio pues no hemos podido detectar su inclusión en ningún otro periódico o libro tanto anterior como posterior a esas fechas. A pesar de que durante el Romanticismo se carecía de la imagen adecuada de lo que por cuenta se entiende hoy día (BAQUERO GOYANES, 1992, p. 6), el que aquí nos ocupa es posible identificarlo como tal por corresponderse con un texto

²⁴ Se conserva una colección completa de este diario en la hemeroteca del Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona.

²⁵ En el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español el primer volumen tiene el código CCPB000738465-3, correspondiéndose con un tomo de 370 páginas que contienen los meses de noviembre y diciembre de 1841 y el de enero de 1842 (conservado en la Biblioteca Diocesana de Zamora). En lo que respecta al segundo y tercer volumen aparecen referenciados con el código CCPB000697024-9 y se trata de un tomo que contiene un volumen de 334 páginas correspondientes a febrero, marzo y abril de 1842 (conservado en el Centro de Lectura de Reus), y de otro de 170 páginas correspondientes a los meses de mayo y junio de 1842 (custodiado en la Biblioteca de Cataluña).

²⁶ En concreto puede consultarse en F.B., 1841, pp. 363-370.

breve narrativo en prosa, donde interviene un grupo reducido de personajes y que posee un argumento sencillo. De su autoría no podemos precisar demasiado pues aunque aparece firmado con las iniciales F.B. nos ha sido imposible identificar quién se ocultó tras estas iniciales²⁷. Fue su única contribución al proyecto y, además, ninguno de los pocos autores que sí firman con su nombre completo encajan con esas letras.

Antes de entrar en sí en el análisis del cuento, procederemos a clasificar una cuestión de primer orden que afecta al propio título. A pesar de que en el relato se menciona expresamente el nombre de La Carlota como lugar donde se desarrolla la acción y de que todas las descripciones geográficas que se incluyen encajan con esta nueva población, el título señala La Carolina y no La Carlota. Un hecho que nosotros consideramos que se debió a un equívoco en la imprenta al montar la caja de texto, pues difícilmente habría podido constar este error en el manuscrito. La similitud de ambos topónimos, derivados de la versión latina y castellana del nombre Carlos, y el hecho de que La Carolina también fuese una de las nuevas poblaciones establecidas a partir de 1767 pudo haber influido en un operario que, muy probablemente, tendría nociones muy vagas de la geografía política del sur peninsular. Así pues, lo que debería haberse titulado «El anciano de La Carlota» quedó en letras de imprenta como «El anciano de La Carolina».

El relato se divide internamente en dos grandes bloques: en el primero y más extenso, el narrador se centra en realizar, en primer persona, una detallada descripción del origen histórico y rasgos geográficos del territorio en el que reside el anciano protagonista del cuento; mientras que en el segundo, bastante más breve y que se cierra con un par de párrafos en los que el autor vuelve a asumir el rol de narrador omnisciente, se nos ofrece el diálogo que mantuvieron dicho narrador y el anciano Juan Campel, conversación en la que este último le confió el secreto de su origen y el de su difunta mujer. Se plasma así, a nuestro juicio, una circunstancia ya señalada hace décadas: en el cuento romántico tienden a aunarse varios géneros característicos de la época como la leyenda, el cuento fantástico, el artículo de costumbres y el poema narrativo (BAQUERO GOYANES, 1949, p. 156). Una afirmación que

²⁷ Aunque es probable que se trate de un simple recurso literario, en caso de que alguno de los escasos datos personales que el narrador ofrece de sí mismo en el cuento se correspondieran realmente con información biográfica del autor, nos encontraríamos ante un hombre joven que habría transitado con frecuencia el territorio sobre el que estaba establecida La Carlota en su niñez, que residió en Cádiz desde 1833 hasta el verano de 1835 y, por último, que después esta fecha no había vuelto a pasar por esos parajes.

se ha visto ratificada gracias a publicaciones posteriores en las que se han recopilado textos narrativos breves encuadrados en el Romanticismo español, a pesar de las dificultades para acceder a ellos por haberse realizado su edición fundamentalmente en prensa (ALONSO SEOANE ET AL., 2004, pp. 9-10). Esa fórmula narrativa romántica, con un narrador omnisciente que informa de pensamientos, motivaciones e historia de los personajes y que se centra en unas pocas escenas principales en las que se condensa la trama y tienden a ser dialogadas, se hará tan popular que no sorprende verla ya en la segunda mitad del siglo XIX en algunas de las leyendas más célebres de Gustavo Adolfo Bécquer; esto ocurre, por ejemplo, en «El Monte de las Áimas», que vio la luz por primera vez en 1861 (GUTIÉRREZ SEBASTIÁN y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, 2016, pp. 17-18; BÉCQUER, 1992, pp. 131-136).

Los párrafos dedicados a contextualización y descripción del medio brindan al lector una visión muy favorable al proyecto de colonización carolina. Se ofrece todo un rosario de elogios que, en ocasiones, se sitúan abiertamente en el plano de lo idílico sin ofrecer, por el contrario, ni una sola crítica o elemento que pudiera generar una mala impresión. Cultivos, árboles, vías de comunicación, mejoras en la seguridad del viajero o paisajes casi monopolizan un discurso que esquiva detallar los entornos urbanos. El poblamiento en buena medida disperso de La Carlota le sirve para dibujar un escenario hermoso y abundante en el que se puede vivir felizmente. Del mismo modo se contempla el enlace matrimonial de una joven pareja de colonos, a cuya casa había llegado tras alargar en exceso un paseo, pues el narrador muestra especial simpatía hacia una fiesta que se vio ensombrecida por la llegada de un oficial para comunicar la incorporación inmediata como soldado del contrayente; un inconveniente que pudo ser salvado gracias a un anillo, cuya existencia era desconocida para la familia, que había pertenecido a su esposa y que el anciano alemán Juan Campel entregó a su nieto para que pudiera venderlo en Sevilla y reunir así la cantidad para que otro joven se incorporara al ejército en su lugar; lo que efectivamente tuvo lugar, resolviéndose el problema de modo satisfactorio.

El joven viajero, intrigado por conocer el motivo de que un mediano propietario agrícola poseyera un anillo tan valioso, insistió al anciano Campel para que le desvelase el secreto de su origen. Sin necesidad de suplicar en exceso, logró que lo citase en el cementerio de la localidad, donde junto a la tumba de su difunta esposa le contará la historia que llevó a ambos desde una posición social privilegiada en Alemania a establecerse como colonos en España durante el reinado de Carlos III; una

narración que se realiza en primera persona merced al uso en esta parte del cuento de una estructura dialógica y en la que no estarán ausentes, como veremos más adelante, algunas incongruencias cronológicas. Habida cuenta de que el lector dispone del texto íntegro en el siguiente apartado, ofreceremos aquí sólo algunas pinceladas. El anciano le explicó que procedía de un lugar en la zona central del Sacro Imperio Romano Germánico y que era hijo de un oficial al servicio del emperador, fallecido en batalla cuando todavía era pequeño, de ahí que fuera acogido en su castillo por el barón de Belfor, compañero de armas de su progenitor. Allí pudo disfrutar de las comodidades y educación que el noble dispensaba a sus propios hijos, un chico algo mayor que él y una niña de su misma edad llamada María.

Llegado el momento de seguir los pasos de su padre, con apenas quince años, el joven Campel se apercibió de que estaba enamorado de la hija de su protector. Así, el día antes de su partida le confesó sus sentimientos, que resultaron ser recíprocos, por lo que se juraron amor y acordaron esperar a que él se licenciara para unirse en matrimonio. Pasado algún tiempo, en el que se cruzaron misivas, ella le comunicó que el barón había concedido su mano a un pretendiente. Dispuesto a hacer valer su amor, Campel se dirigió de inmediato al castillo, donde fue sorprendido en las habitaciones de María por el barón y el pretendiente mientras hablaban. Una escena que este último consideró deshonrosa, procediendo a retirar inmediatamente su palabra de matrimonio. Enfurecido, el barón se abalanzó, espada en mano, contra el hijo de su difunto amigo, el cual le dio muerte mientras trataba de salvar su propia vida; hecho que obligó al joven a huir para evitar la condena a muerte. El nuevo barón de Belfor, deseoso de vengar el fallecimiento de su padre y furibundo por la deshonra en la que había caído su hermana, logró que se sentenciase pena de muerte para Campel en caso de ser apresado.

La joven pareja seguía enamorada, por lo que María decidió huir para reunirse con su amado, llevándose consigo sólo ese anillo. Tras contraer nupcias y venir al mundo su primer hijo, la situación de miseria en la que vivían los animó a emigrar a España para formar parte del conjunto de colonos con los que Carlos III pretendía poner en marcha distintas nuevas poblaciones en espacios desiertos y por entonces in cultos en el sur de la Península Ibérica. De este modo, tras culminar un largo viaje, fueron establecidos en la colonia de La Carlota, que actuaría como capital de las Nuevas Poblaciones establecidas entre Córdoba y Carmona, donde se dedicaron a cultivar y cuidar el lote de tierra que se les entregó en nombre del rey, disfrutando de comodidades y siendo felices con su

familia; aunque ocultando a propios y extraños el origen noble de María, al igual que el infierno episodio que los había obligado a dejar su patria natal. El amor, finalmente, había triunfado pero era un triunfo que llevaba implícita la derrota, pues para alcanzarlo debieron vivir un exilio, un descenso en su posición social y ocultar un pasado que, en cualquier otro contexto, habría sido motivo de orgullo y compartido con las gentes de su entorno.

Como hemos puesto de manifiesto, en «El anciano de La Carolina» se recrea el cuento de temática amorosa en un ambiente contemporáneo, con sus correspondientes dosis de secreto, misterio, amor y tragedia, pero también con rasgos de los conocidos como «cuadros de costumbres» a través de un uso abundante del diálogo y del amplio espacio dedicado a la descripción, en la que el autor no duda en expresar sus opiniones y formular incluso lo que parece ser una crítica de tipo social (FERNÁNDEZ SERRATO, 2018, pp. 51-52; RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, 2003). Evidencia de esto último será el modo en el que el autor se queja de que los españoles rechazaran participar en la colonización de Sierra Morena y Andalucía conformándose con lo que entonces poseían, atribuyendo así el que la situación del país cuando escribe no fuera mejor a «la riqueza y holganza de nuestros padres».

Este realismo que el costumbrismo presta a las narraciones breves románticas, incluida la que aquí nos ocupa, no sólo dio lugar a un género que podríamos llamar híbrido sino que, en buena medida, comulgaba con la estética del realismo que empezó a implantarse en Europa hacia 1840 y que comenzó a adquirir relevancia en nuestro país a mediados de siglo; aunque coexistiendo, cierto es, con autores posrománticos que, a medida que avanza el tiempo, se vuelven más intimistas.

5. EDICIÓN DE «EL ANCIANO DE LA CAROLINA» (1841)

5.1. CRITERIOS DE EDICIÓN

El texto que se toma como base para la presente edición se corresponde con la versión impresa incluida en un ejemplar del primer tomo de la *Biblioteca Popular del Nacional* conservado en la biblioteca particular de quien suscribe estas líneas. Al objeto de facilitar su lectura y comprensión, lo hemos adaptado a los estándares modernos de ortografía y se ha alterado la puntuación (únicamente comas, dobles puntos y puntos y comas) intentando ser lo más respetuoso posible con la intención del autor. Asimismo, también hemos incluido algunas notas al pie, las cuales

permiten una aproximación más completa al texto al aclarar las referencias históricas, lingüísticas y culturales.

5.2. «EL ANCIANO DE LA CAROLINA»²⁸

«Hay en medio de la Andalucía, a la orilla izquierda del Guadalquivir, a unas cuatro o cinco leguas²⁹ más allá del sitio donde este río baña los derruidos muros de la antigua Córdoba, un país tan pintoresco y tan favorecido de la naturaleza que, sin temor de padecer equivocación, puede compararse con los más bellos paisajes del mundo y con aquellas hermosísimas forestas ya tantas veces descritas por los viajeros con que la naturaleza ha bordado las márgenes del Arno bajo el cielo despejado de la Italia³⁰. Este país, que tiene un diámetro de muchas leguas, está cubierto en toda la extensión de su superficie con bosques de olivos y encinares que dan sombra a unas campiñas llenas de meses y abundantes pastos. El viajero que lo atravesia ve con placer a su izquierda, y a pocas leguas del camino real³¹ que transita, pueblecitos pequeños, por lo común situados en el declive o falda de alguna colina poco elevada y coronados de su correspondiente castillo de arquitectura oriental que trae a su memoria la larga dominación de los árabes en este suelo, su pesar al abandonarlo y cuantos sucesos median desde la desgraciada jornada del Guadalete³² hasta el momento en que los Reyes Católicos asentaron sus pendones victoriosos sobre los muros de Granada. A la derecha, y a muy poca distancia,

²⁸ Mantenemos el topónimo «La Carolina» en el título a pesar de que, a tenor del contenido del propio cuento, el que verdaderamente debería haberse consignado es «La Carlota». En cualquier caso, el lector queda informado de que la versión del título del cuento más ajustada a la verdad, y la que el propio autor debió de consignar en su manuscrito, es «El anciano de La Carlota».

²⁹ Medida itineraria, variable según los países o regiones, definida por el camino que regularmente se anda en una hora, y que en el antiguo sistema español equivale a 5572,7 metros (*Diccionario de la Real Academia Española*, en adelante DRAE). La distancia desde la ciudad de Córdoba hasta el paraje descrito estaba comprendida entre los 22,3 y los 27,9 kilómetros, una afirmación que encaja perfectamente con la localización de la nueva población de La Carlota.

³⁰ El río Arno está entre los más importantes del centro de la península itálica. Sus riberas, a su paso por Florencia y Toscana, eran famosas por su belleza.

³¹ Se trata del Camino de Andalucía, en concreto se habla del tramo que unía Córdoba con la ciudad de Écija. Este camino real conectaba Madrid con el sur de España, habiéndose impulsado desde inicio del reinado de Carlos III los arreglos y mejoras en su trazado y firme. Más información sobre este camino en ARBÁIZAR, 1993.

³² La batalla de Guadalete es el nombre con el que se conoce al enfrentamiento que tuvo lugar cerca de este río en julio de 711 y en el que el rey visigodo Rodrigo fue derrotado por las fuerzas omeyas comandadas por Tariq ibn Ziyad.

se ve al Guadalquivir llevando sus cristalinas aguas hacia el océano por medio de prados de flores, de bosques de adelfas y enramadas de álamos silvestres que, entrelazando sus copas, forman un dosel que en estos sitios pintorescos la imaginación cree destinada a dar sombra a las náyades³³ de este río.

Cualquiera que atraviesa por vez primera estos valles piensa, y con razón, que desde el principio del mundo o, al menos, desde que los hombres, dejando la vida aventurera buscaron para vivir los parajes más fértiles y risueños, habrían sido buscados y destinados para construir en ellos sus moradas. Con todo, no se sabe por qué causa hace algunos años a lo largo del camino que atraviesa el país que acabamos de describir no había ni un pueblo, ni una alquería, ni una sola choza donde el transeúnte pudiese pedir un vaso de agua, ni donde recibir la hospitalidad si acaso la noche le encontraba en medio de aquellas vastas campiñas. A las ocho leguas de caminar por un desierto se hallaba una mala venta³⁴, por lo común desprovista de todo y donde siempre se dormía con zozobra por cuanto la pública fama de aquellos tiempos hacía notorio que aquel era el sitio destinado por los malhechores para consumar sus crímenes, y en efecto algunas cruces de madera colocadas al pie de un olivo y diseminadas por todo el camino, a la par que un sentimiento de piedad, despertaban en el alma del viajero otro de terror, que combinados el uno con el otro le arrancaban sendos Padres Nuestros y promesas y mandas para las Virgenes de sus pueblos porque los sacase en salvo de tan peligrosos lugares.

Yo no sé si en estos tiempos, que eran los del señor Carlos III y sus abuelos, en Inglaterra y en nuestra vecina Francia estaban mucho más adelantados, lo que sí sólo sé es que todavía no se conocían los caminos de hierro, los coches de vapor, ni aún las modernas diligencias de que hoy pasamos; por lo tanto, cuando se trató de poblar aquel desierto y hacer cómoda y transitable la carretera que lo atravesaba, se hizo cuanto podía hacerse en aquellos tiempos en que pocas personas y raras veces se viajaba deprisa: primero porque no había para qué y segundo porque no había otro medio para hacerlo que las apolilladas

³³ Ninfas o deidades, de apariencia hermosa, que en la mitología clásica residían en los ríos y en las fuentes (DRAE).

³⁴ Aunque la distancia a la que se encontraba de la ciudad de Córdoba era inferior a ocho leguas, pues no llegaba a las siete, se hace referencia a la venta de La Parrilla o del Arrecife, única construcción al pie del camino real en el itinerario entre Córdoba y Écija antes de ponerse en marcha las nuevas poblaciones. Esta edificación se mantuvo en pie hasta comienzos del siglo XX.

sillas que se hallaban en las casas de posta, y que era necesario pagar a peso de oro³⁵.

No se debe culpar a los ministros de aquellos, para nosotros ya remotos y quizá envidiables tiempos, porque no hubiesen concebido y puesto en planta mucho antes esta idea, pues ya estaba reducida a decreto y para su compleja realización se presentaron cien mil dificultades, aunque yo pienso que de diversa naturaleza que las que se hubieran objetado en nuestros días. Probablemente si hoy tratase un ministro de poblar alguno de los muchos desiertos que aún quedan en nuestra España, la primera dificultad sería no hallar en las tesorerías 4 o 5 millones disponibles para construir las nuevas colonias.

Pero los dichosísimos ministros de aquella época tenían apuntaladas sus tesorerías que crujían con el peso del oro (y por esto creo que eran más estables), contaban con las flotas que de vez en cuando llegaban a Cádiz cargadas con los metales del Perú y contaban sobre todo con algunas cantidades negativas³⁶ que para nuestros gobernantes son muy positivas, sin que por esto sean más ricas, que son las viudas de los militares, las de los empleados que pagaron su monte pío, los cesantes y no cesantes, la marina que si bien no tan numerosa como entonces tampoco nos trae flotas, y otras mil atenciones; que comparados estos tiempos con aquellos, bien puede decirse que son cantidades negativas de que disfrutaban los ministros del señor don Carlos III, que fueron los que tuvieron la feliz idea que acabamos de mencionar. Con efecto, en medio de esta gran sabana se levantó un precioso pueblecito que hoy se llama La Carlota, con su iglesia, su reloj de sol³⁷ en medio de la plaza, su calle

³⁵ Aunque en el momento en el que el autor redacta su texto los nuevos avances en los transportes habían dejado obsoletos, sobre todo en las principales vías de comunicación, a los sistemas de postas, el impulso de estos últimos en la España de la segunda mitad del siglo XVIII había supuesto un verdadero revulsivo para la mejora de las comunicaciones y del transporte de viajeros. Para el caso concreto de las nuevas poblaciones y las reformas en dichas postas véase HAMER FLORES y PÉREZ FERNÁNDEZ, 2019b.

³⁶ El autor parece estar refiriéndose al ahorro que suponía para la administración borbónica del siglo XVIII la existencia de los montepíos, así como a la llegada de remesas de los territorios americanos, las cuales permitían reducir el monto de la deuda. El Monte Pío militar fue el primer de ellos, instituido en 1761, y sus fondos procedían de los descuentos realizados de los sueldos de los oficiales del ejército, lo que hacía factible abonar las correspondientes pensiones a sus viudas, huérfanos, madres o hermanas. En los años siguientes se fueron creando nuevos montepíos para otros cuerpos militares e incluso para funcionarios civiles (NADALES ÁLVAREZ, 2009, pp. 307-309).

³⁷ No existe ninguna otra referencia, ni anterior ni posterior, a este reloj de sol. En esa misma plaza existía un reloj de campana en la iglesia que, al parecer, estuvo en funcionamiento desde el siglo XVIII hasta principios del siglo XX, pero no se menciona la existencia de ningún otro

ancha por donde pasa el camino real con árboles a uno y otro lado, y casas pequeñas pero de bella y elegante construcción.

Y no bastando aún esta colonia para que el país estuviese perfectamente poblado, se construyeron, desde una legua antes de llegar a ella hasta dos o dos y media más allá, casitas de trecho en trecho que se ven hoy día desollar con su chimenea entre el verde de los olivos, tan blancas como las palomas que vienen a posarse sobre sus nuevos tejados con sus parrales que dan sombra a la puerta, sus huertos de legumbres a la espalda, con sus árboles frutales y rodeadas de una suerte de tierra feracísima³⁸ que se le asignó a cada una de ellas y cuyos productos bastan para cubrir las extensiones anejas a la familia de un labrador. Hasta este momento la empresa fue feliz.

El rey concedió a los futuros colonos toda clase de privilegios o inmunidades, y publicó edictos por sus Estados de España³⁹ para que todo el que se hallase necesitado viniese a poblar, esto es, a vivir con su mujer en una casa cómoda, y a ser dueño de una propiedad que podía mantenerlo y de los animales necesarios para labrarla. Yo no sé si en aquella época no había pobres en España o si todo el mundo estaba de tal manera satisfecho con su suerte que, trocándola por la de un labrador propietario, perdiése en el cambio, el resultado fue que el desierto seguía desierto a pesar de su colonia, de su iglesia y de sus bien situadas heredades porque no hubo uno solo que abandonase su bien o mal estar (que esto yo no lo sé) para venir a cultivar las tierras recién repartidas y a hacer en ella una vida, si bien laboriosa, llena de paz y exenta de inquietudes⁴⁰.

en la localidad en las fuentes documentales e impresas hasta ahora manejadas. Los restantes elementos descritos en la narración se ajustan a la realidad, por lo que, salvo que se trate de una confusión con el reloj de campana o de una invención, debió de estar colocado un tiempo tan breve como para no dejar ningún otro testimonio.

³⁸ Superlativo del adjetivo feraz, que hace referencia a algo fértil o copioso de frutos (DRAE).

³⁹ No nos consta la publicación de estos edictos en los territorios de la Corona española, especialmente porque la colonización se realizó en un primer momento con los seis mil alemanes y flamencos que el asentista bávaro Johann Kaspar von Thürriegel se comprometió, mediante contrata publicada el 2 de abril de 1767, a traer a nuestro país. Aunque en la instrucción y feroe de población de Sierra Morena, publicada en 5 de julio de ese mismo año, se indica que se fomentarían los matrimonios con españoles (art. 28) y que era conveniente admitir en cada punto de población algunos de estos vecinos del país (art. 72), no consideramos que fuera necesaria la publicación de ningún documento más allá de esta misma real cédula para lograr este objetivo.

⁴⁰ Esta afirmación no se ajusta a la realidad. Las nuevas colonias fueron receptoras, durante todo el periodo de gobierno foral, de vecinos de otros puntos del país con disposición y voluntad para trabajar y que cumplieran con las normas indicadas para ser aceptados como colonos por las autoridades locales.

Si por acaso este hecho se ha consignado en nuestra historia, y la posteridad no es más lógica que la edad presente y sigue el tema de juzgar las cosas por las apariencias y de pensar que está alegre el que se ríe, lleno de salud el que tiene unas mejillas sonrosadas, rico el que no trabaja para tener dinero y feliz el que lo tiene, al leer que hubo una época en que se ofrecieron a sus abuelos campos opimos⁴¹, llenos de meses, casas que habitar y ganados de que servirse y que ellos no los necesitaron y vieron indiferentes a los extraños venir a disfrutarlos, pensarán que la sociedad en que vivían había llegado al último grado de perfección, puesto que daba por resultado la riqueza y la felicidad, y que las revueltas y revoluciones que han precedido a aquella época han sido innecesarias. Con todo, pasados algunos años llenarán en otra página de la historia que aquella riqueza de la América fue semejante al agua que da un manantial que se seca en los veranos, que bajo su influjo se crearon mil necesidades, que mil y mil familias pobres convirtieron los muebles de la labranza y los útiles del artesano en blasones y escudos que los hicieron orgullosos e ineptos para el día en que acabado el fruto de las conquistas y el monopolio de la esclavitud no podían ser ricos sino con la industria, ni poderosos ni considerados sino por el talento.

Mas sean las que sean las reflexiones que sobre este punto pueden hacerse, el resultado de los edictos reales fue tal como lo hemos consignado, y de los círculos más interiores de la Alemania y de viñedos que cubren las orillas del Rin fue de donde vinieron las primeras familias que poblaron la colonia que el rey Carlos III, célebre por las obras útiles que emprendió, había establecido bajo los coposos⁴² olivos del Guadalquivir.

Estas familias, al parecer, no tan satisfechas de su fortuna como nosotros, no dudan abandonar el suelo que los había visto nacer, atravesar reinos dilatados para venir a establecerse entre nosotros y, por este medio, asegurar para ellos y sus hijos una suerte que les librará para siempre de las penurias de la indigencia.

Así fue como en el centro de la Andalucía se estableció un pueblo extranjero que a los ojos el observador no podía menos que ser un testimonio irrefragable⁴³ de la riqueza y holganza de nuestros padres.

Hoy día el horroroso desierto de que hemos hablado ya no lo es, por el contrario está perfectamente poblado, las cruces han ido desapa-

⁴¹ Tierras ricas, fértiles y abundantes (DRAE).

⁴² Probablemente se trata de una errata, por lo que la palabra correcta habría sido «copiosos».

⁴³ Ciento, que no se puede contrarrestar.

reciendo, pocas veces peligra la seguridad del viajero en estos sitios y no puede pasarse por ellos sin encontrar a cada paso una robusta aldeana que con su cántaro en la cabeza va a llenarlo a algún arroyo inmediato o que sentada a la puerta de su casa cose o hila telas rodeada de sus hijos. Por lo regular, a poca distancia se oye cantar algún hombre vigoroso que cava la tierra y que de cuando en cuando alza los ojos para mirar el sol que le señala la hora de comer y la del descanso. Estas familias descendientes de otras que recibieron la hospitalidad en nuestro país suelen serlo con el viajero que demanda su ayuda para alguna cosa. En muchas de ellas se conservan las costumbres parciales de sus abuelos, y en estos últimos años aún vivían algunos de los primitivos colonos. Tal vez no basta atravesar el país y mirarlo por entre los cristales de un coche para conocerlo. Yo había transitado por él mil veces y no sabía cuán puras eran sus costumbres y qué diferentes las de las otras colonias pequeñas.

En 1835 pasé por estos parajes la última vez. Era el mes de julio y aquellos campos estaban iluminados por una luna clara que vibraba sus rayos sobre las capas de una atmósfera diáfana y serena. Seducido por la claridad de la noche y por el deseo de avanzar en mi viaje, dejé atrás la población y seguí mi camino por entre dos hileras de casas situadas de trecho en trecho, blancas y lindas como las hemos descrito más arriba. El susurro que produce el viento agitando las copas de los árboles, el murmullo de los lejanos arroyos, el perfume de las flores y el color melancólico de la noche que se marcaba en los horizontes oscuros tenían un encanto indefinible para mí y, sin duda, lo hubiera tenido igualmente para cualesquiera que se hubiese hallado en mi situación. Había pasado dos años en Cádiz, rodeado de mar, respirando una atmósfera salitrosa; a mis oídos no había llegado en todo este tiempo el eco de la alondra y del jilguero que yo había oído cuando niño cantar en los campos de mi patria, solamente había percibido los gritos del alción⁴⁴ que anuncia las tempestades; no había visto tampoco esas mujeres de sonrosadas mejillas y mirar vago que se crían en los campos, sino rostros pálidos, ojos centelleantes que se fijan rodeados las más veces de lívidas ojeras, inequívocas

⁴⁴ También conocido como martín pescador: pájaro de pequeño tamaño, con cabeza gruesa, plumaje de colores vistosos y pico largo y fuerte, que vive a orillas de los ríos y lagunas, y se alimenta de peces pequeños, que coge con gran destreza (DRAE). Esta referencia a las tormentas alude al mito griego de Alción, hija de Eolo, que por ser tan feliz en su convivencia conyugal se atrevió a llamarse a sí misma Hera y a su marido Ceice lo llamaba Zeus, algo que enfadó a estos dioses del Olimpo, los cuales desencadenaron una tormenta que hundió el barco en el que viajaba Ceice. Al tener noticia Alción la muerte de su marido decidió suicidarse lanzándose al mar. Algún dios compasivo transformó a ambos cónyuges en martines pescadores (GRAVES, 2011, pp. 242-244).

señales de las pasiones y del pesar. Yo que había atravesado dos años antes los valles deliciosos donde ahora me encontraba, casi niño y lleno de salud, sin pesar y mirando con ojo indiferente aquella naturaleza tan lozana y aquellos colonos tan felices, como quien se encuentra en su propio elemento, volvía ahora hombre ya, pero con las mejillas hundidas, con el cuerpo demacrado, con el alma llena de pasiones y sin poder mirar cara a cara a la naturaleza pura, sin notar un sentimiento que ni era recuerdo, ni era remordimiento y que con todo me hacía llorar.

En este estado anduve una media legua pero ya las fuerzas me faltaban y no tuve más recurso que buscar donde descansar. El sonido de una flauta que salía de entre los árboles me condujo a la casa de un colono. Bajo el emparrado de la puerta se había reunido casi toda la juventud de las inmediaciones para celebrar la boda del hijo de aquella familia que aquel día se había desposado con la hija de otro labrador. Yo pedí la hospitalidad, la función se interrumpió por un momento y un anciano como de 70 años que se hallaba colocado cerca de la puerta de la casa, sentado en una silla de brazos y apoyado en una muleta con la que al parecer ayudaba sus muchos años, me dijo «sea usted bienvenido; es usted joven y podrá divertirse, descansar un rato si gusta y continuar mañana su camino». Le di las gracias, me senté a su lado y la función continuó.

Se han descrito ya tantas veces las danzas andaluzas, que son una mezcla de las zambras morunas y de los bailes que trajeron del nuevo mundo los caballeros de la conquista⁴⁵, que todo el mundo los conoce y sabe el partido que el escritor encargado de pintarlos puede sacar de la ligereza de sus movimientos, de su voluptuosidad y de la gracia con que se ejecutan en esta provincia de donde parece son peculiares o indígenas.

Empezando por un ciego, una especie de bardo⁴⁶ del país que parecía haber olvidado la desgracia para mezclarse y participar de las alegrías de los demás, así como participaba de su mesa y de su vino, hasta el último aldeanillo todos estaban contentos; todos eran felices. Y este sin duda es el cuadro de la igualdad mejor acabado que yo he visto. Aquí todos eran ricos, el patrimonio de todos eran sus brazos igualmente robustos y terrenos iguales en fertilidad y extensión que todos habían recibido en herencia y que ninguno de ellos podía enajenar⁴⁷.

⁴⁵ Sobre la influencia americana en la música y bailes populares andaluces véase NÚÑEZ, 2021.

⁴⁶ Poeta heroico o lírico.

⁴⁷ En julio de 1835, momento en el que el autor sitúa la acción, los colonos ya podían disponer libremente de sus lotes de tierra pues con la derogación, mediante real decreto de 5 de marzo de ese mismo año, del régimen foral habían dejado de poseer dichas tierras en enfiteusis, pasando a ser sus propietarios.

El vino, el placer y las danzas habían animado sus rostros, y casi podría creerse que aquella era la mansión de la más completa y cumplida felicidad. Con todo, si con detención se observaba aquel cuadro de diez personas, fácilmente se pudiera observar que no todos los semblantes eran igualmente alegres, ni que todos estaban de un mismo modo contentos. En la frente calva del anciano, al través de los surcos que la cubrían, se divisaba una nube de melancólico disgusto, señal de esos pensamientos secretos que intranquilizan el alma corroyendo el corazón.

Serían las diez de la noche cuando los colonos se dispersaron y quedó terminada la fiesta que los había reunido en torno del tálamo nupcial de su compañero. Yo me retiré también a mi cuarto, que se me había señalado, y al despedirme del anciano me dijo este: «Que pase usted buenas noches. Gracias a Dios que ha llegado usted en un día de felicidad».

Yo pasé la noche en una agitación temible, el poder mágico del sueño, que a veces tan felices y a veces tan desgraciados nos hace, me trasladó de nuevo al pueblo que acababa de abandonar. Pero cuando me desperté por la mañana no me vi envuelto en la bruma que se levanta del mar. El cielo estaba puro, las brisas armoniosas y las aves parleras⁴⁸. Los nuevos esposos habían ya recibido la bendición del anciano abuelo y aún estaban envueltos en esa atmósfera de felicidad que sigue a todos los acontecimientos de gozo que tan pronto se atraviesa, y en la que tal vez no se vuelve a entrar. Yo los miraba con envidia y no pude abandonarlos porque una fiebre alta se había apoderado de mí.

A las pocas horas se divisó en la vereda que guiaba a la alquería una figura más siniestra en los campos que la del cuervo y los milanos. Un alguacil, un corchete⁴⁹ que venía y que a los pocos minutos se hallaba entre nosotros. Era portador de un oficio en el que se delataba que Juan Campel⁵⁰, que no se había presentado para jugar su suerte en el sorteo celebrado en la colonia dos días antes, era declarado como prófugo y, por consiguiente, soldado. «Cuando yo vine con tu abuela aquí –dijo el

⁴⁸ Dicho de un ave, cantora (DRAE).

⁴⁹ Agente de justicia que se encargaba de prender a los delincuentes (DRAE).

⁵⁰ El apellido Campel no se cuenta entre los que portaron las familias centroeuropeas que se asentaron en La Carlota. El autor del cuento debió inventarlo o, tal vez, lo recordaba de haberlo leído en algún libro, pues sabemos que un hidalgo alemán llamado Juan Campel fue paje del marqués de Castel Rodrigo a finales del siglo XVII (FABRO BREMUNDAN, 1687, p. 146).

anciano al novio- se nos ofreció que no entraríamos en quintas ni nosotros ni nuestros hijos. Pero ya han desaparecido esos privilegios»⁵¹.

Es difícil pintar esta escena, en cada semblante había retratado un sentimiento doloroso. Entretanto, el alguacil cumplía lo que él llamaba un oficio que no era otro que destruir una familia digna de ser muy dichosa. La ternura de los recién desposados, la aflicción de un padre, todo esto eran para él cosas muy comunes e insistía en llevarse preso a Juan Campel. Si tuviésemos 5.000 reales, dijo este, podíamos poner un sustituto, pero los pobres no podemos ser felices. Sí pueden serlo, dijo el anciano, y apoyado en su muleta se dirigió a un antiguo cofre que allí había. Con sorpresa de todos sacó de él uno de esos anillos riquísimos, herencia de los príncipes y que acompañan las coronas ducales. Toma, le dijo, valdrá 20.000 reales, ve y véndelo, es lo último que me queda de tu pobre madre, de aquella mujer santa que dejó por mí la Alemania y que en este mismo sitio me hizo feliz 20 años⁵², y que está enterrada allí⁵³. Sólo ella sabe cuánto me cuesta deshacerme de esta alhaja, pero qué importa, sin mí ella sería, y algo más, de los hijos de sus hijos.

La vista del anillo mitigó los deberes del corchete, el anciano tomó su palo y se fue a rezar, su nieto Juan Campel corrió a Sevilla a depositar el misterioso y rico anillo en manos de algún usurero; yo quedé solo envuelto en mis pensamientos y decidido a no abandonar aquella casa hasta saber la historia de aquel anciano singular enlazada, al parecer, con aquel misterioso anillo que ningún arqueólogo hubiera dejado de atribuir a un señor feudal.

La escena que había presenciado en casa de aquellos colonos, y que motivara la visita del corchete y oficio de que era portador, causó en mi alma una impresión tan viva como dolorosa porque al verlos yo propietarios de aquellos campos tan feraces y deliciosos, sin más cuidados que los que le producía su labranza, satisfechos de su fortuna, contentos con las heredades que de sus padres habían recibido y disfrutando las delicias de un amor puro, desinteresado y exento de celos e inquietudes, me

⁵¹ Existe un problema con la edad de este anciano y, por consiguiente, con la de su mujer. En el cuento se manifiesta que tenía unos setenta años y, a la vez, este expresa ser ya adulto cuando viajó a España, circunstancias ambas incompatibles. La llegada de los colonos extranjeros a La Carlota se produjo entre 1768 y 1769, por lo que el anciano en 1835 debía estar rozando, como mínimo, los noventa años para que el relato fuera verosímil.

⁵² Esta afirmación situaría la fecha de su fallecimiento en torno a 1788.

⁵³ Aunque la redacción de la oración puede hacer pensar que la esposa del anciano estaba enterrada en Alemania, lo cierto es que ese «allí» tiene una connotación espacial, por lo que se estaría señalando hacia el cementerio de La Carlota, donde descansaban sus restos.

había imaginado que la más completa felicidad residía entre ellos, y que aún no había alcanzado aquellas moradas ese influjo de las sociedades corrompidas que todo lo tala, que todo lo destruye⁵⁴ y que después de algún tiempo acaba secando la esperanza, única fuente de felicidad que Dios ha puesto en nuestros corazones.

Juan Campel volvió una semana después a los brazos de su familia, de quien fue recibido con el mayor regocijo, siendo portador no sólo de su licencia absoluta sino de 15.000 reales que el anillo de su abuelo le había proporcionado, además de los 5.000 que le fueron necesarios para conseguirla.

Solamente este viejo venerable no dio entrada en su corazón a aquellos trasportes de alegría; abrazó, sí, a su nieto con placer pero sin ser dueño de sí mismo para ocultar una gruesa lágrima que resbalando por sus blancas y arrugadas mejillas me dio a conocer toda la extensión del sacrificio que había hecho al deshacerse de aquella alhaja preciosa, único recurso de que había podido disponer para comprar la libertad de su nieto.

Desde este momento, o más bien desde aquel en que conocí la generosidad de este anciano, le dediqué todas mis atenciones, y procurando, en cuanto era dable, nivelar mis ideas y sentimientos con los suyos, logré al fin que me contase la historia de aquel antiquísimo anillo, tan sentido por él y que tan enlazada parecía estar con la de su juventud y la de su vida.

En estas colonias, en un vallecito situado a casi igual distancia de todas ellas, hay una pared de poca altura y que circuye una gran porción de terreno destinado a colocar en él sepulturas de los que durante su vida han vivido en aquellos campos. Este cementerio se diferencia tanto de los de las ciudades como los palacios de estas humildes alquerías que habitan los que vienen a ocuparlo. No se encuentran en él ni lápidas de mármol cubriendo los sepulcros, ni inscripciones lujosas, ni nichos de elegante arquitectura. Algunas cruces de madera y algún que otro árbol plantado por las familias son los únicos monumentos que señalan el lugar de descanso de los que en el mundo fueron más queridos⁵⁵.

⁵⁴ Realiza el autor aquí una interesante crítica hacia la sociedad industrial, responsable con su expansión de un visible deterioro del medio natural.

⁵⁵ La descripción que se realiza del cementerio de La Carlota se ajusta bastante bien a la realidad. Edificado en 1769, y ampliado en 1803 duplicando su superficie, este consistía en un recinto de forma rectangular delimitado por un muro de ladrillo. En cuanto a su ubicación, se extendía sobre un espacio bastante llano situado al final de la pendiente de la loma sobre la que se asienta el núcleo urbano.

A este paraje fui citado por el anciano para saber la historia de su vida. «Es un secreto para mi familia –me dijo-, un secreto de cuya ignorancia pende acaso su felicidad». Con efecto, un día, después de comer, me dirigí a esta mansión de los muertos que no había visitado todavía. El viejo Campel había llegado ya. Estaba de pie removiendo con la punta de su palo las hojas secas que se habían desprendido de un álamo blanco que descollaba fértil y lozano en uno de los ángulos del cementerio⁵⁶.

«¿Ve usted este arbolillo?», me dijo. «Tiene 20 años, y 20 años hace que da sombra a la mujer a quien pertenecía ese anillo que usted ha visto en mis manos y que con razón ha excitado su curiosidad. Ella debería estar descansando muy lejos de aquí, en la orilla derecha del Rin y en la capilla del castillo de Belfor⁵⁷. Pero me amaba mucho y mis desgracias la trajeron a estos sitios».

«¿Con qué son ciertas mis sospechas?», le dije, «¿usted pertenece a una familia ilustre y tal vez poderosa?».

«Sí señor, no se ha equivocado usted. Sentémonos y sabrá usted una historia que hace muchos años que no ha salido de mi pecho. Es probable que esta sea la última vez que la refiera porque soy ya tan viejo que no cuento con vivir mucho, y después de mi muerte ella se sepultará para siempre conmigo.

Mi familia es oriunda de uno de los círculos más interiores de la Alemania y mi padre, oficial al servicio del emperador, conoció al barón de Belfor⁵⁸ en los ejércitos. Murió al lado de este con las armas en la mano, y como había perdido a mi madre siendo muy niño, me dejó encomendado a este amigo que, concluida la campaña, me trasladó a su castillo, encargándose de mi educación que recibí tan esmerada como la que se daba a sus hijos. Cuanto tuve 15 años, mi mayor deseo fue seguir la carrera de mi padre e ilustrar el nombre de Campel, que

⁵⁶ La referencia a este árbol constituye otra evidencia más de la elevada fidelidad a la realidad histórica en las descripciones de este cuento pues el núcleo urbano de La Carlota, al igual que los de otras nuevas colonias, dispuso de álamos para su embellecimiento, así como para proporcionar sombra a sus vecinos, durante la etapa foral.

⁵⁷ Aunque consideramos que esta parte de la narración es ficticia, el autor, aunque escriba siempre Belfor, hace referencia a la localidad francesa de Belfort, situada en el departamento francés de Haut-Rhin en Alsacia, la cual sí dispone de un recinto fortificado en la parte alta de núcleo urbano, conocido hoy como Citadelle de Belfort.

⁵⁸ El título de barón de Belfort existió realmente en la época en la que se sitúa temporalmente la narración. Su titular se llamaba Alexandre de Ségur, que también era señor de Bègles, de Francs, de Calton, de Taste et de Queyrac, y había nacido en 1718. Residía en Burdeos donde poseía viñedos y formaba parte del Parlamento de la ciudad, siguiendo la estela de su padre que había sido oidor esta institución hasta su fallecimiento en 1743. De su enlace con Marie-Thérèse de Ségur tuvo un hijo llamado Nicolas Maire Alexandre y una hija que recibió el nombre de Louise Elisabeth, la cual falleció en 1765 con apenas dieciocho años (AUBERT DE LA CHESNAYE DES BOIS, 1767, p. 279).

este había hecho célebre con sus hazañas y con su gloriosa muerte, y que tan respetado y conocido era en todo el país. Cuando tuve la orden para marchar en clase de oficial a un regimiento de caballería fue cuando únicamente conocí los obstáculos que a mi marcha oponía mi corazón. El barón de Belfor tenía un hijo mucho mayor que yo, y que hacía muchos años estaba ya en el servicio, y una hija de mi edad, que había sido la compañera de mi infancia, de una hermosura singular, con un carácter angelico y a cuyo lado había pasado el tiempo en los solitarios dominios de Belfor. Hasta aquel momento nunca le había hablado de mi amor porque puede decirse que ni aún lo había apercibido, pero cuando supe que debía dejarla, tal vez para siempre, no pude decidirme a este abandono sin asegurarme antes de si aquellos cuidados y deferencias que le había debido eran hijas de una amistad sencilla o de un afecto cual el que yo por ella experimentaba.

En la tarde del día anterior al en que debía verificarse mi marcha, la encontré en el jardín, sola y, según me pareció, más triste que de costumbre. Me acerqué a ella, nuestros corazones se entendieron bien pronto, nos juramos amor eterno y una fidelidad sin límites, y nos separamos al fin con la esperanza de que pasados algunos años ya habría obtenido por mis servicios un grado superior en el ejército que me nivelaría con la fortuna de su padre, de quien en este caso no debíamos esperar la menor oposición.

En vano corrí después con mi regimiento toda la Alemania, inútilmente vi las más hermosas mujeres de aquel país; mi pensamiento no se separaba de los dominios de Belfor, y la linda María retratada en mi memoria con todas sus gracias y atractivos me seguía a todas partes.

Aunque separado de ella, era feliz porque seguro como lo estaba de su cariño, me era dado soñar con una dicha tal cual yo la apetecía; recibía sus cartas a menudo y la esperanza para nosotros era el bálsamo que mitigaba los dolores y las penas consiguientes a la ausencia y a la lentitud con que recibía mis ascensos en el ejército.

Pero hasta esta felicidad incompleta e ideal duró poco tiempo. Cuando menos lo esperaba recibí una carta de María en que me anunciaba cómo su padre había dispuesto de su mano y que su enlace debía de verificarse dentro de pocas semanas. Me añadía que no sabía cómo desobedecer a su padre y que a mí solo tocaba trazarle el camino que debía seguir.

Cuál fuese este no lo sabía yo tampoco, así que, en medio de mi delirio, monté a caballo y me dirigi al castillo de Belfor.

Llegué de noche sin que nadie me apercibiese, y precisamente pocas horas antes de la celebración del matrimonio según supe después. María estaba en el salón del castillo al lado de su futuro esposo, y rodeada de toda la nobleza de las cercanías. Luego que supo mi arribo, precipitadamente y sin precaución de ninguna especie, se vino

a donde yo estaba. Ella me pedía consejos, el peligro de su casamiento era inminente y no sabía qué aconsejarla. En este momento se abre la puerta del cuarto donde estábamos encerrados, y se presenta el aspirante a la mano de María acompañado del señor de Belfor que, muy ajeno de la compañía de su hija, no tuvo inconveniente en llevar a su futuro yerno hasta su cuarto pues su falta se había advertido ya en los salones. Usted puede figurarse el efecto que esta aparición produjo en unos y otros. María llena de terror dio un grito. Su prometido esposo retiró en aquel momento la palabra que lo empeñaba con el barón, y este se consideró deshonrado así como igualmente su hija. Al primer golpe de vista conoció las fatales consecuencias que para su casa, según supe después harto atrasada, podía traer este suceso. Fuera de sí, colérico y ayudado del que debía ser su yerno, se lanzó a mí espada en mano. Era necesario morir o defenderse. Nada oían, ninguna razón pudo detenerlos. Mi rival me acometió de cerca y con una impetuosidad extraordinaria, yo saqué mi espada que no podía conducir a mi arbitrio. De pronto lanza el barón un grito, suelta las armas y cae en tierra. Todos corren gritando “al asesino, al asesino”. Me acerco al barón que no tuvo tiempo más que para maldecirnos, y expiró.

No es necesario que pinte a usted la situación de María, yo tuve que huir y salir fuera de Alemania para librarme del cadalso. Desde Francia supe que el nuevo barón de Belfor había vuelto y hecho condenar mi memoria, fulminándose contra mi persona una sentencia de muerte. María, la purísima María, quedó deshonrada en todo el país cual pudiera quedarlo la mujer de peores costumbres. Se retiró a un convento cargada con la execración de su familia, con la maldición de su padre y con el odio de cuantos la conocían que, atendidas las circunstancias, la juzgaron culpable de tener un amante, de haber querido engañar a un hombre honrado y de haber asesinado en fin al autor de sus días.

Yo la escribí ofreciéndola mi mano, que ella aceptó gustosa viéndose a reunir conmigo al poco tiempo. A los dos años tuvimos un hijo que es el padre de Juan Campel. En vano, fuera de la Alemania, procuré fijar una suerte digna de María. Todo fue inútil. La miseria más espantosa nos rodeaba, circunstancia que nos era más sensible por el inocente niño que nos seguía. En fin resolvimos venir a poblar estos campos y cultivarlos con mis propios brazos. Aquí ha vivido diez años conmigo⁵⁹, feliz al parecer de nuestros vecinos, pero devorada siempre por los recuerdos de aquella noche en que dejé la Alemania. Perdió su alegría, hablaba poco y quiso que su nacimiento fuese un misterio para sus hijos que ahí los tiene usted, pobres y rústicos labradores, cavando

⁵⁹ Esta afirmación contradice lo manifestado unos párrafos antes, cuando se habla de veinte años y no de diez.

la tierra y muy ajenos de pensar que corre por sus venas la sangre ilustre de los poderosos barones de Belfor. No pienso que lo sepan nunca, pues en ese estado son más felices, tienen lo que desean y no aspiran a más. En cuanto a mí, sólo deseo unirme pronto a la sola mujer que a pesar de mis desgracias no me abandonó nunca».

Una lágrima rodó por las mejillas del anciano. A los pocos días yo estaba muy lejos de allí, y cuando pasé la última vez por estas colonias fui a visitar la familia que me había dado en otro tiempo la hospitalidad.

Juan Campel, el nieto de la hija del barón de Belfor, cavaba como siempre la tierra, cantando y sin más deseos que salud, lluvia a tiempo y vivir pacífico con su mujer. En cuanto al anciano, ya había muerto. Estaba enterrado al lado de su esposa debajo del álamo blanco. Todos los años el día de difuntos venía la familia de Campel al cementerio a encender una luz sobre su tumba y a derramar algunas flores. En ese día se recordaba siempre la escena del corchete, la quinta donde fue declarado prófugo Juan Campel y el auxilio que su abuelo sacó y que según ellos lo había recibido de un francés a quien libró del furor del pueblo después de la Guerra de la Independencia. F.B.».

6. CONCLUSIONES

Una vez desarrollados en los apartados anteriores los principales puntos que nos propusimos analizar y tras ofrecer al lector el texto del cuento que aquí nos ocupa, consideramos de interés el recapitular a continuación las dos conclusiones más destacadas. En primer lugar, hemos dado cuenta de la única obra literaria de ficción del siglo XIX localizada hasta el momento que, dejando al margen los libros de viajes, se centra en las nuevas poblaciones carolinenses: el cuento titulado, por error como ha quedado de manifiesto, «El anciano de La Carolina». Publicado en enero de 1841, sus casi 5.500 palabras constituyen la primera obra de ficción en prosa sobre ellas desde su puesta en marcha a partir de 1767. En segundo lugar, hemos profundizado en el contexto en el que se publicó dicho cuento, acercándonos a la relevancia de la prensa periódica en esta época para la difusión de la literatura, así como al proyecto concreto en el que fue incluido: la *Biblioteca Popular del Nacional*.

El texto estudiado y editado constituye un buen ejemplo de lo que fueron los cuentos románticos divulgados a través de la prensa española en las dos décadas que cierran la primera mitad del siglo XIX aunque, por su fecha tardía y por la impronta de los «cuadros de costumbres» en los cuentos, deja entrever ya algunos elementos que posteriormente

se desarrollarán en el Realismo. Enmarcado en el subgénero histórico-romántico, su narración es lineal y sencilla, sin subtramas, adoptando un enfoque en el que destacan el amor y la aventura, y en el que el paisaje natural está al servicio de las emociones y sentimientos que el autor plasma en el relato. Ahora bien, aunque elementos como el narrador omnisciente, el que no se rechace la conversión en un personaje común de aquél que tiene un origen noble o el deseo de dotar de verosimilitud a los hechos narrados son plenamente compatibles con el cuento Romántico, sabemos que se mantuvieron entre los gustos del Realismo que empezaba ya a tener acogida entre los escritores españoles.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Gavilán, E. (1992): «La imagen de la colonización en los relatos de los viajeros de los siglos XVIII y XIX». En *Las Nuevas Poblaciones de España y América*. Sevilla, Junta de Andalucía, pp. 81-95.
- Alonso Seoane, M.J.; Ballesteros Dorado, A.I.; y Ubach Medina, A. (ed.) (2004): *Artículo literario y narrativa breve del Romanticismo español*. Madrid, Castalia.
- Arbáizar González, S. y otros (1993): *El Camino de Andalucía. Itinerarios históricos entre la Meseta y el Valle del Guadalquivir*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Transportes.
- [Aubert de la Chesnaye des Bois, F.-A.] (1767): *Calendrier des princes et de la noblesse de France, contenant aussi dans une seconde partie l'état actuel des maisons souveraines, princes et seigneurs de l'Europe*. Paris, Chez la veuve Duchesne.
- Baquero Goyanes, M. (1949): *El cuento español en el siglo XIX*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Baquero Goyanes, M. (1992): *El cuento español: del Romanticismo al Realismo*. Madrid, CSIC.
- Bécquer, G.A. (1992): *Leyendas*. Madrid, Akal. Edición de José B. Monleón.
- Bernaldo de Quirós, C. (1929): *Los reyes y la colonización interior de España desde el siglo XVI al XIX*. Madrid, Imprenta Helénica.
- Botrel, J.-F. (2002): «Le livre en Espagne (1833-1843)». *Revue française d'histoire du livre*, nº 116-117, pp. 237-266.
- Botrel, J.-F. (2003): «La construcción de una nueva cultura del libro», en Martínez (coord.): *Orígenes culturales de la sociedad liberal: España siglo XIX*. Madrid, Casa de Velázquez.
- C[aballero], F. (1841): *Guía de forasteros en Barcelona. Manual de agentes y de curiosos. Dase a la luz conforme al estado de esta ciudad en 1841*. Barcelona, Imprenta de don Manuel Saurí.
- Calderón Argelich, A. (2022): *Olvido y memoria del siglo XVIII español*. Madrid, Cátedra.
- Carnero, G. (1991): «Pedro Montengón (1745-1824): un poeta entre dos siglos». *Hispanic Review*, vol. 59, nº 2, pp. 125-141.
- Cerezo Magán, M. (2011): «Pedro Montengón, jesuita y literato alicantino del siglo XVIII: su impronta clásica». *Nova Tellus. Anuario del Centro de Estudios Clásicos*, vol. 29, nº 1, pp. 175-225.

- Defourneaux, M. (1965): *Pablo de Olavide, el afrancesado*. México, Editorial Renacimiento.
- Espinós i Quero, A. (2019): «Mariano de Cabrerizo y su colección de novelas», en Climent y otros (eds.): *Pasiones bibliográficas 4. Vint anys de la Societat Bibliogràfica Jerònima Galés*. Valencia, Societat Bibliogràfica Valenciana Jerònima Galés, pp. 41-89.
- Fabro Bremundan, F. (1687): *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Tercera parte que contiene los sucesos del año MDCLXXXVI*. Barcelona, En casa de Rafael Figueró.
- F.B. (1841): «El anciano de La Carolina». En *Biblioteca Popular del Nacional. Meses de Noviembre, Diciembre y Enero de 1841*. Barcelona, Imprenta del Nacional, pp. 363-370.
- Fernández Serrato, J.C. (ed.) (2018): *Cuentos españoles del siglo XIX*. Madrid, Anaya.
- Ferreras, J.I. (1976): *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870)*. Madrid, Taurus Ediciones.
- Ferreras, J.I. (2009): *La novela en España: historia, estudios y ensayos. Tomo IV. Siglo XIX. Segunda parte (1868-1900)*. Madrid, La Biblioteca del Laberinto.
- [Fischer, G.N.] (1779): *Olavides und Rochow*. s.l., s.i.
- González Subías, J.L. (2017): «Dionisio Hidalgo (1809-1866) y los orígenes de la bibliografía española moderna». *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 23, pp. 145-154.
- Graves, R. (2011, 4^a ed.): *Los mitos griegos, I*. Madrid, Alianza Editorial.
- Gómez Urdáñez, J.L. (2020): *Víctimas del absolutismo. Paradojas del poder en la España del siglo XVIII*. Madrid, Punto de Vista Editores.
- González Palencia, Á. (1926): *Pedro Montengón y su novela El Eusebio*. Madrid, Imprenta Municipal.
- Gutiérrez Sebastián, R. y Rodríguez Gutiérrez, B. (2016): «En los albores del cuento decimonónico: la obra narrativa de Mariano Roca de Togores». En Martín y Parellada (eds.): *Una horma para el cuento. Del relato legendario e histórico al cuento moderno en la prensa española del siglo XIX*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, pp. 13-29.
- Hamer Flores, A. (2009): *La Carlota en los relatos de viajeros y escritores de los siglos XVIII y XIX*. Madrid, Bubok Publishing.

- Hamer Flores, A. (2018): «La difusión del proyecto colonizador de Sierra Morena y Andalucía en la literatura alemana del siglo XVIII: análisis del rigor histórico del *Faustin de Pezzl*». En Tarifa Fernández, Fílter Rodríguez y Ruiz Olivares (coords.): *Congreso Internacional Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía y otras colonizaciones agrarias en la Europa de la Ilustración*. Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, pp. 657-673.
- Hamer Flores, A. y Pérez Fernández, F.J. (2019a): «Visualizando el poder real. Toponimia y heráldica en las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía». *Investigaciones Históricas. Época Moderna y Contemporánea*, nº 39, pp. 257-292.
- Hamer Flores, A. y Pérez Fernández, F.J. (2019b): «Reformas y mejoras en el servicio de postas entre Madrid y Cádiz: el caso de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía». *Studia Historica. Historia Moderna*, vol. 41(1), pp. 379-405.
- Hennings, A. (1779): *Olavides. Herausgegeben und mit einigen Anmerkungen über Duldung und Vorurteile begleitet*. Copenhagen, Godich.
- Hidalgo, D. (1862): *Diccionario general de bibliografía española*. Madrid, Imprenta de las Escuelas Pías, vol. 1.
- Jovellanos, G.M. de (1858): *Obras publicadas e inéditas de don Gaspar Melchor de Jovellanos*. Madrid, M. Rivadeneyra Impresor Editor, vol. 1.
- Lara Martínez, L. y Lara Martínez, M. (2017): «La expulsión de los jesuitas (1767) de la monarquía hispánica. La política regalista y la pragmática del “extrañamiento”». *Razón y Fe*, nº 1422, pp. 357-367.
- López Ontiveros, A. (1996): *Sierra Morena y las Poblaciones carolinas: su significado en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*. Córdoba, Universidad de Córdoba.
- Marti, M. (2001): *Ciudad y campo en la España de la Ilustración*. Lleida, Editorial Milenio.
- [Montengón, P.] (1782): *Odas de Filopatroc. Parte I*. Valencia, Por Joseph y Thomás de Orga.
- Montengón, P. (1788): *El Antenor. Parte primera*. Madrid, Por don Antonio de Sancha.
- Montengón, P. (1794): *Odas de don Pedro Montengón*. Madrid, Imprenta de Sancha.

- Nadales Álvarez, M. (2009): «Montepíos en el ejército del siglo XVIII». En García Reyes, González Lopo y Martínez Rodríguez (eds.): *El mar en los siglos modernos. O mar nos séculos modernos*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, tomo II, pp. 305-316.
- Núñez, E. (1970): *El nuevo Olavide. Una semblanza a través de sus textos ignorados*. Lima, Talleres Gráficos P.L. Villanueva.
- Núñez, F. (2021): *América en el flamenco*. Madrid, Flamencópolis Ediciones.
- Olives Canals, S. (1947): *Bergnes de las Casas: helenista y editor (1801-1879)*. Barcelona, CSIC.
- Pérez de Colosía, M.I. (1988): «La Carolina en los relatos de los viajeros extranjeros». En Avilés Fernández y Sena Medina (coords.): *Carlos III y las Nuevas Poblaciones*. Córdoba, Universidad de Córdoba, vol. 2, pp. 121-150.
- Pérez Pacheco, P. (2008): «El éxito editorial de Eusebio de Pedro Montengón», en Trujillo Maza (coord.): *Lectores, ediciones y audiencia: la recepción en la literatura hispánica*. Pontevedra, Editorial Academia del Hispanismo, pp. 446-453.
- [Pezzl, J.] (1783): *Faustin oder das philosophische Jahrhundert*. Zurich, s.i.
- Rodríguez Gutiérrez, B. (2003): «Los cuentos de la prensa romántica española (1830-1850): clasificación temática». *Iberoromania. Revista dedicada a las lenguas y literaturas iberorrománicas de Europa y América*, nº 57, pp. 1-26.
- Salas, F.G. de (1780): *Dalmiro y Silvano. Égloga amorosa y elogio de la vida del campo en una silva de varios metros*. Madrid, Imprenta de Andrés Ramírez.
- Salas, F.G. de (1797): *Poesías de D. Francisco Gregorio de Salas. Tomo I*. Madrid, Oficina de Ramón Ruiz.
- Saurí, M. (1842): *Guía de forasteros en Barcelona, judicial, gubernativa, administrativa, comercial, artística y fabril*. Barcelona, Imprenta y librería de don Manuel Saurí.
- Saurí, M. y Matas, J. (1849): *Manual histórico-topográfico estadístico y administrativo, o sea, guía general de Barcelona*. Barcelona, Imprenta y librería de don Manuel Saurí.
- Sena Medina, G. (1988): «La poesía en la Real Carolina en la época fundacional». En Avilés Fernández y Sena Medina (coords.): *Carlos III*

- y las Nuevas Poblaciones*. Córdoba, Universidad de Córdoba, vol. 2, pp. 75-94.
- Thion Soriano-Molla, D. (2013): «Antonio Bergnes de las Casas, un editor para todos. De los primeros pasos en el gremio a El museo de familias (índices)». *Anales de Literatura Española*, nº 25, pp. 341-382.
- Zschokke, H. (1851): «Olavides, der neue Belizar». En Zschokke: *Gesammelte Schriften*. Aarau, Sauerländer, t. 14, pp. 279-343.